

contempleis, señores, la alta filosofía platónica, más alcanzareis que es un progreso, un progreso inexplicable sobre toda la filosofía precedente. El mundo tiene un alma, que se une en el hombre, y esta alma se manifiesta en lo sensible, en lo contingente; mas ni lo sensible ni lo contingente existiría sin Dios. Levantado sobre toda la naturaleza, habiendo producido y ordenado los seres, teniendo en sí la realidad perfecta y acabada de lo bueno, de lo verdadero, de lo hermoso; inspirando á la conciencia sus ideas, al mundo su vida; el Dios de Platon, ideal del universo sensible, razon y causa de todo lo existente, soberano bien, justicia absoluta, esencia de todas las cosas, unidad del mundo y del espíritu, totalidad de la idea; el Dios de Platon, si bien aún no se ha desceñido completamente de la naturaleza, y no ha abandonado por tanto el panteísmo, ya aparece como un sér superior, con categorías ideales, en la cúspide hemosisíma de toda la creacion; á manera de sagrado fuego que, alimentando la vida con su calor é iluminándola con sus resplandores, tiene su verdadero templo en lo infinito y en lo eterno. (Aplausos.)

Así toda la tendencia de la filosofía platónica se reduce á matar en el hombre lo sensible, lo contingente, para despertar lo esencial, lo eterno; á destruir la voluntad en la ley general de la vida, que es la voluntad de Dios; á extinguir el

amor pasajero del sentido en el seno puro del espiritual amor, que es la devocion á Dios; á preferir y anteponer al conocimiento del mundo y de los seres el conocimiento de Dios y de sus atributos; á levantar el pensamiento del fondo de este ligero leve polvo, que se llama lo sensible, á ese misterioso divino sér, luz impalpable, que inunda con sus torrentes toda la vida; puro y eterno modelo, en cuya presencia son como si no fueran todas las cosas creadas; éther en que se baña, como en la atmósfera de la vida, la idea y el alma sublime del gran filósofo. (Aplausos.)

Platon es el espíritu de Sócrates, dilatándose en Dios, como Aristóteles será el mismo espíritu dilatándose en la naturaleza. Nada más comun que tener al gran Aristóteles por sensualista; nada, sin embargo, más distante de la verdad y del pensamiento del filósofo. Aristóteles era, como no podia menos de ser, un filósofo tan idealista como Platon, y más subjetivo aún que Platon mismo. Siento mucho tener que ser muy abstracto. Mis oyentes me perdonarán. Mas por estos áridos caminos pasa la razon humana para realizarse en grandes y sublimes manifestaciones políticas y sociales. Examinemos la doctrina de Aristóteles llena de espiritualismo. La ciencia debe conocer lo que es el sér. La sustancia es, pero no es sin la forma. La sustancia se determina de esta manera: sustancia sensible, sustancia activa,

union de lo sensible y de lo activo en el hombre; sustancia inmaterial, Dios, en que el pensamiento y su objeto son una misma cosa. La sustancia tiene la posibilidad, la actualidad y la intelechia, la realizacion de su fin. Dios en Aristóteles aún es más sublime que en Platon. El Dios de Aristóteles es inmutable, es eterno, y al mismo tiempo, á pesar de ser inmutable, es la causa de todo movimiento, y á pesar de ser eterno, la actividad de todas las cosas. Este sér, que no se mueve y lo mueve todo; este sér, que es siempre idéntico á sí mismo, y que está presente en toda vida cambiante, es la concepcion más sublime que de Dios alcanza la filosofía antigua y la concepcion más idealista. El fin de la filosofía misma de Aristóteles no puede ser más espiritualista, el conocimiento del conocimiento. Aristóteles cree que la naturaleza es un sér en sí y por sí; que el alma, en cuanto racional es eterna, y que las cualidades de las cosas son leyes, categorías de nuestro propio entendimiento.

Aristóteles, dado á la clasificacion, distingue tres clases de verdades; primero, las verdades que llama deducidas; segundo, las verdades generales, hijas de la razon que distingue de las verdades particulares, hijas de la esperiencia. Separa como Platon lo particular de lo universal. Por la sensibilidad confiesa que es dado conocer lo que se mueve en el mundo, lo que está de tal ó cual

manera aquí y allá, mas por la razon conoce lo que vive siempre y en todas partes, lo general, en una palabra. Llega á comprender que hay primeros principios, que no se prueban verdades, que no se deducen; leyes generales, á cuya existencia asiente por necesidad lógica nuestra razon, y que se evidencian por su misma claridad, independientemente de los sentidos, á nuestro espíritu. Así su Dios se muestra con tal claridad al espíritu, que no ha menester demostracion; alejado y separado del mundo como sér y presente en el mundo como energía y como causa. La tendencia de su espíritu es sin embargo á lo experimental. No abarca la naturaleza de una ojeada, la estudia en sus fenómenos, en sus séres. No comprende el espíritu en una idea, lo mira en sus facultades, en sus determinaciones. No quiere modelar la sociedad en su alma, estudia sus tradiciones y sus leyes, y sus gobiernos y su historia. No va arrobado en pós de la hermosura ideal, quiere contemplarla en la naturaleza y en las obras de los grandes poetas.

Si de aquí se quiere concluir que su filosofía es sensualista ó materialista, se va á dar en un gran error. Es cierto que Aristóteles combate las ideas de Platon, mas las combate por creerlas indeterminadas y abstractas, y sobre todo, porque arranca al espíritu lo que es propio y exclusivo de su naturaleza. Las categorías en que muestra

que todas las cualidades de las cosas residen principalmente en nuestro espíritu, las categorías son más fieles al pensamiento de Sócrates que las mismas ideas generales de Platon. La ecuacion de la idea y de su objeto, que es el sentido que la verdad tiene en Aristóteles, la teoría de la construccion de las nociones de las cosas, la inteligencia del alma, la unidad que dá á su física, sus consideraciones sobre la naturaleza, cuyas leyes aparta cuidadosamente del acaso y de lo fortuito, su distincion de alma y cuerpo como de Dios y el mundo, la inmortalidad concedida á lo que él llama alma racional, su estudio de la sensacion y de la idea, su profunda comprension del pensamiento; estos y otros muchos dogmas aristotélicos dicen y enseñan que el gran filósofo era fiel, muy fiel á la idea fundamental de su escuela, á Sócrates.

Aristóteles y Platon se identifican en el espíritu y en los fines; se diferencian en el procedimiento y en el método. Platon escoge la induccion, Aristóteles la deduccion; Platon procede, baja de lo general á lo particular, Aristóteles procede, sube de lo particular á lo general; Platon mira al cielo, y desde el cielo la tierra; Aristóteles mira la tierra y desde la tierra el cielo; Platon quiere reinar en lo vagoroso, en los vientos, en lo abstracto, Aristóteles quiere reinar en lo positivo, en lo temporal, en lo concreto; aquel hace descen-

der como una inmensa catarata los séres y las ideas de Dios, éste levanta como una pirámide las ideas y los séres á Dios; Platon intenta construir *á priori* la ciencia, Aristóteles *á posteriori*; Platon busca el sér absoluto y despues descende al individuo, Aristóteles busca al individuo y despues asciende al sér absoluto; Platon no cree en la hermosura real, sino en la ideal, Aristóteles mira la hermosura en la naturaleza y en el arte; Platon sueña modelar la sociedad en su pensamiento, Aristóteles piensa modelar la sociedad en las leyes de su naturaleza; Platon es socialista, Aristóteles individualista; Platon es más poeta, Aristóteles más lógico; Platon estará siempre más cerca de lo sublime, pero Aristóteles más cerca de lo real; aquel será el pensamiento abstracto, pero éste será la verdad práctica, ó mejor dicho, Aristóteles y Platon son las dos caras del espíritu humano, los dos términos de la idea, las dos fases de la ciencia, las dos eternas formas del pensamiento; y si Platon influye durante la Edad media en el Patriarcado, en Constantinopla, en la iglesia de Oriente, y Aristóteles en el Pontificado, en Roma, en la iglesia de Occidente, cuando llegan tiempos más científicos, sus dos almas penetrándose, confundiéndose como el aroma de dos flores nacidas bajo un mismo cielo, entran y se pierden juntas en el seno de la filosofía moderna. (Generales y repetidos aplausos.)

Toda la filosofía griega tiene un gran carácter social. Cuando las primeras monarquías se levantaban con reminiscencias de Oriente, nació la filosofía de la naturaleza con reminiscencias también de Oriente. Cuando la democracia jónica y la aristocracia dórica se dibujan claramente en los espacios, nace la filosofía semi-oriental, semi-griega de Pitágoras, que participa de los dos caracteres de aquella sociedad. Cuando la democracia griega se levanta pujante y poderosa y exclusiva, y vence en las Termópilas, en Platea, en Marathon y Salamina, la filosofía eleática, exclusiva también, exalta el espíritu griego. En la época tristísima de la guerra del Peloponeso, cuando la democracia degeneró, nacen los sofistas. Cuando Atenas fué el centro político de la Grecia, Sócrates y Platon fueron también el centro de la ciencia humana. Cuando la filosofía griega llegó á su más alta unidad, á su mayor progreso en Aristóteles, Aristóteles educa al genio de la Grecia, Alejandro, y lo lanza sobre el Oriente para mostrar al mundo, que así como la ciencia griega ha triunfado de todas las condiciones, el poder y la gloria de Grecia, personificados en Alejandro, triunfan en todos los pueblos de la tierra. Pero despues de este instante, Grecia se moria. No hay muerte más triste que la muerte de Grecia. Es una estatua que se pulveriza, es una lira que se quiebra, es el eco de un canto

que se pierde, es un ave del cielo que cae herida y espira congojosa entre sublimes endechas. (Aplausos.) Grecia necesitaba de un filtro que la sostuviera en la agonía, de un principio moral que la levantara al cielo en este último instante de su vida. Sus hijos se habian acercado á ella, la veian espirando, y exclamaban: la sociedad está perdida; la sociedad se muere sin remedio; ni siquiera le resta en la copa donde ha bebido tantas ideas el aroma de la esperanza. El excepticismo se apodera de las inteligencias, comò la guerra de la sociedad.

No hay paz en el Estado, no hay tampoco paz en la razon. Grecia no encuentra salud, y el pensamiento no encuentra verdad. La misma noche que cae sobre el mundo, cae más triste y espesa aún sobre la conciencia. Las tinieblas que rodean á Grecia la matan de frio; las tinieblas que rodean el pensamiento la aniquilan. Los excépticos no dudan, niegan; no vacilan, creen que no hay verdad, creen que no hay moral. Es la desesperacion del pensamiento. Una especie de marasmo sobrecoge el espíritu, que cae en la atonía. Niega el mundo, niega á Dios, se niega á sí mismo. Quiere cerrar los ojos á la evidencia. Se cree ¡él! tan grande, un fantasma que se dibuja un instante y pasa fugaz y rápido sobre los medrosos abismos de la nada, dejando en pos de sí pavoroso y eterno silencio de pavorosa y eterna noche.

El espíritu griego al pasar de su edad más hermosa y lozana, de su edad de armonía y equilibrio á la decrepitud, se desencanta, se desespera, siente el tránsito fatal, y cree que negándose á sí mismo y desconociendo la verdad general, va á poder negar también el tiempo que le persigue y la verdad concreta, que le anuncia su completa y segura transformación.

Mas sus ideas, al entrar en esta nueva edad, han de tomar un carácter positivo, práctico y moral; carácter representado admirablemente por las escuelas epicúreas y estoicas. Yo no hablaré en esta noche con detenimiento de estas dos escuelas, ni aun de las escuelas alejandrinas. Me falta, señores, tiempo. Y aunque me sobrara, he de tratar por separado y largamente en varias conferencias de estas doctrinas, que entran en nuestro curso. Pero haré algunas ligeras indicaciones. La escuela epicúrea no encuentra verdad sino en la sensación, y parece un retroceso á los tiempos de la filosofía jónica. Su física atomística resucita las desacreditadas doctrinas de Leucipo y Demócrito. La moral es lo más puro y lo más racional que hay en su doctrina. Es cierto que exalta el placer, y esto es condenable. Pero no es menos cierto que hace consistir el placer en la paz, y la paz en la virtud. Toda doctrina moral á la que se mezcle aligación de interés ó utilidad, será siempre indigna y absurda. Sin embargo, la filosofía

epicúrea hará un bien á la ciencia; contribuirá á comprender el hombre en su individualidad, en su personalidad. Esta tendencia individualista de la filosofía epicúrea, como de la filosofía estoica, influirán muy principalmente en el derecho romano.

La filosofía estoica y epicúrea no miran á Grecia, miran á Roma. Es la herencia que el mundo griego legó al mundo romano. Por eso la filosofía estoica tiene dos caracteres, los dos mismos caracteres que el mundo romano. En su principio metafísico admite el alma del mundo, como Roma en su principio político admite la unidad del mundo; en su principio moral admite la libertad interior del espíritu, como Roma admite en su principio social la libertad del individuo, el derecho. La filosofía estoica es la aplicación de lo general á lo particular, como Roma es la aplicación de todas las ideas, de todas las fuerzas sociales, de todos los códigos, de todas las máximas al perfeccionamiento del individuo en la familia y en el derecho. La filosofía estoica admite la lógica tradicional, la lógica de la escuela como una pura forma, como una pura abstracción, que ella anima con un gran principio de subjetividad; el derecho romano admite las leyes de las doce tablas, las fórmulas de la antigua jurisprudencia como símbolos, que anima con una nueva idea, con un pensamiento. El estoico cree que la razón

debe objetivarse en la sociedad, y Roma objetiva la razón en la ley. El estóico admite la conciencia individual como conciencia general, y Roma hace de todos los hombres ciudadanos de la Ciudad Eterna. Véase como la idea y el hecho, como las leyes del pensamiento y las leyes de la sociedad caminan paralela y armónicamente en el tiempo y el espacio.

Pero, señores, al mismo tiempo que la filosofía griega preparaba al mundo para el Imperio con sus principios metafísicos, y para la venida de pueblos individualistas; por otro movimiento igual, aunque en sentido inverso, la filosofía griega preparaba el pensamiento á recibir el bautismo cristiano, y presentía la última edad teológica de la humanidad y de la historia. Señores, ¡qué evolución tan grande! desde la naturaleza predicada por Tales, la ciencia se levantó al hombre enaltecido por Sócrates, y desde el hombre á Dios adorado por la escuela de Alejandría. Pocas escuelas manifiestan más claramente que la escuela de Alejandría el estado del espíritu y del mundo. La Grecia en ruinas, Roma disolviéndose, la fé antigua apagada, muerto el patriotismo, el mundo entristecido, el cielo presagiando grandes tempestades, la conciencia humana agitada como el mar por el azote de la tempestad, los ídolos cayendo de su pedestal, los templos paganos desplomándose, apóstoles de una doctrina misteriosa

muriendo en las hogueras; todo removido, todo agitado; el espíritu, por necesidad, debía refugiarse en el misticismo, y buscar en Dios la tranquilidad que no podía tener en la tierra. De aquí esa gran exaltación religiosa, que es el fondo de la filosofía alejandrina. El Oriente le cuenta sus misterios, sus secretos; los magos, los sacerdotes, los hechiceros, llevan á Alejandría sus dioses como para fundirlos allí y formar un nuevo dios. Los solitarios antiguos, los cabalistas, los poetas, los hombres dados á la exaltación en el amor á la naturaleza, buscan en Alejandría un templo. Allí los sacerdotes persas explican la esencia de la luz; allí los caldeos cuentan las estrellas; allí los magos buscan filtros para inmortalizar al hombre; allí los que aún aman el paganismo, calientan al rayo del sol de Oriente los ateridos dioses; allí los neoplatónicos entonan cánticos á su misteriosa divinidad; allí los cabalistas judíos congregan los fragmentos de todas las ciencias; allí, en fin, se reúnen todos los sueños místicos, todas las visiones que la naturaleza había inspirado en su dilatada vida, como dogma religioso, como objeto de culto, á grandes generaciones. La escuela de Alejandría, llevada de este fervor místico y religioso, debía producir una teodicea; sí, una teodicea era la gran obra á que la llamaba su providencial destino. Dios es uno. Esta era la principal afirmación de la escuela: Dios es unidad. Pero esta

unidad, en el fondo no era otra cosa que la esencia abstracta de los seres. Esa esencia es en último resultado una abstracción, un ser que vive en sí, apartado de todo, sin realidad, ciego, que se parece á lo vacío. Los alejandrinos comprendieron esto, y declararon que su Dios era inteligencia, razón. Aquella esencia, conociéndose á sí misma, penetrándose por el pensamiento, aun no tenía la actividad bastantante para vivir vida fecunda. Conocieron que un ser con esencia y pensamiento, si bien podía ser y conocerse, no podía producir, no podía obrar, no podía realizarse. Entonces hicieron de este ser abstracto, de este pensamiento absoluto, actividad, poder también, para que Dios se mirara y se recreara, no solo en su pensamiento subjetivo, sino por el desarrollo de su vida, en sus obras, en sus mundos, en sus creaciones. De aquí nació la misteriosa trinidad de los alejandrinos, en que la esencia y el pensamiento y la voluntad se identificaba en la unidad.

El alma, el pensamiento de esta escuela se levanta sobre todo lo contingente, rasga los velos del mundo sensible, se pierde más allá de los astros, se arroba en contemplar lo bueno, lo verdadero, lo hermoso en la región de lo absoluto; quiere llevar en pos de sí á todos los seres, enrojecer en su mismo amor todos los objetos, confundir la conciencia de Dios, como la luz de la tímida estrella se pierde en los resplandores del sol; éxta-

sis que lleva esta escuela muchas veces á la magia, á la theurgia, á los hechizos, embriagada por el amor á lo ideal, que la trastorna como el perfume de un hirviente licor. Los alejandrinos creen que Dios, siendo unidad, pensamiento puro, está presente, vivo, como en su templo, en la conciencia humana, y para que la conciencia humana lo reciba en su seno con amor, la exaltan, la engrandecen, la quieren transfigurar y convertir en un santuario hermosísimo, y parecen poseídos de un delirio. En sus palabras, en sus ideas, en toda la vida de estos filósofos resplandece ese misticismo, como si el pensamiento de Grecia, que había pasado por tantas y tan varias transformaciones, se evaporara y se perdiera en lo infinito.

La filosofía alejandrina se presentaba como una oposición radical del Cristianismo, y sin embargo le servía como esclava, y apercibía al mundo para su completo triunfo. La reunión de todas las doctrinas, el culto prestado á Hermes, el empeño de encontrar un nuevo dios en las entrañas palpitantes de todas las religiones, todos estos esfuerzos mostraban la incurable impotencia del paganismo, que en vano querían los alejandrinos restaurar, poniendo un dios único sobre los múltiples dioses. Así esta escuela, que se vuelve á Dios, más parece una religión que una filosofía. Sus discípulos guardaban la virginidad del cuer-

po á fin de guardar la virginidad del alma; vertian sus ideas en formas simbólicas, se ejercitaban en prácticas de severa devoción, en ayunos, en maceraciones, para avivar con la esclavitud del cuerpo la penetrante vista del alma. Despues siéntense como transportadas en alas de su pensamiento á otro mundo, encendidos en un amor espiritual, inflamados de inspiración, llenos de toda esa vida exaltada y febril, que solo dá el misticismo, inundados de una electricidad maravillosa, y creen penetrar en la densidad de los tiempos, y columbrar todo lo porvenir, como oráculos de la ciencia, ó sibilas de la razón. Así todos ellos, todos esos filósofos han sido el objeto de las últimas leyendas paganas. Plotino queria unir la divinidad que habia en su alma con la divinidad que reside en la cúspide del universo. En la hora de espirar, una serpiente salió de su lecho, como el símbolo de que su divinidad pasaba á otra vida; y en efecto, la leyenda pagana decia verdad, con Plotino se acababa la última hermosa forma de que se habia revestido la serpiente del paganismo. Ved, pues, señores, como esta escuela tenia los dos grandes caracteres que le hemos asignado, como escuela de descomposición y de ruina. Sintiendo que le faltaba la vida en la tierra, queria que descendiese sobre ella la vida del cielo. Sus ojos velados por el sueño postrero no se apartaban ni un punto de la eternidad. El mundo,

de que huía el pensamiento, que se apagaba en su mente, no podia preocuparla. Solo otra vida, otro mundo centelleaba en su mente.

Su psicología está impregnada del mismo espíritu que toda su doctrina. Admitian el conocimiento que proviene de los sentidos, el conocimiento de las diferentes operaciones del alma, el conocimiento que proviene del análisis y de la síntesis, la evidencia de las verdades primeras y la unidad del alma sobre toda la variedad de sus facultades, semejante á la unidad de Dios sobre el mundo. Mas el medio de realizar la unidad del alma es unirla, identificarla con Dios, separándola de todo lo transitorio, de todo lo terreno, y unirla con Dios, no por medio del raciocinio, sino por ese estado místico, en que parece que el alma se desciñe de sí misma y se pierde en otro sér superior por medio del divino éxtasis. La filosofía alejandrina tiene pues dos grandes caracteres que le hemos asignado. Como última edad de la filosofía griega, piensa más en la eternidad y en Dios que en el hombre y en el mundo; y reúne en su eclecticismo todas las doctrinas, todas las escuelas, todos los sistemas que la habian precedido en la historia.

Contemplad un instante las maravillosas armonías que hay entre Roma y Alejandría. Roma como Alejandría han nacido del pensamiento de hombres que quisieron reunir el mundo, congre-



gar la humanidad; Roma reunió todos los códigos, Alejandría todas las ciencias; Roma todas las religiones, Alejandría todos los sistemas; Roma ornó con el título de ciudadanos á los orientales, á los africanos, á los godos, Alejandría ornó con el título de filósofos á los magos, á los hechiceros de Oriente, á los cabalistas de Judea; Roma arrojó como en una gran hecatombe delante de la nueva idea, del Cristianismo, todas las razas de la tierra, y se levantó á la unidad del mundo. Alejandría arrojó como una gran hecatombe delante de la nueva idea, del Cristianismo, todos los pensamientos que habian cruzado por la mente humana, y se levantó á la unidad de Dios; el arma que maneja Roma, su martillo, su espada, no hace más que preparar la tierra á la unidad de la especie humana, que traia el Cristianismo, como el argumento; la dialéctica que Alejandría manejaba, no hizo más que preparar la conciencia á recibir la unidad divina; de suerte que Roma y Alejandría tan grandes, son como dos hermosas victimas coronadas de flores, que la providencia y el progreso presentan en el divino altar de Jesucristo.

Resumamos, señores, todo cuanto hemos dicho; resumámoslo. La filosofía griega comenzaba apegada al sentido oriental, como toda la civilización griega. La escuela jónica idea un sistema y pronuncia la primer palabra de la ciencia. Pero

dentro de esta escuela nacen Heráclito, que concibe oposicion entre el principio creador y las cosas creadas; Anaxágoras, que llega á entrever y señalar el espíritu. Desde este instante predominará otro sentido filosófico, el espiritualismo; pero de tal suerte, que despues de la incertidumbre de la escuela pitagórica, vendrá la escuela eleática á suprimir la naturaleza. Este esfuerzo gigantesco, para salir de la naturaleza y romper por una negacion tremenda sus cadenas, será fecundo en provechosas enseñanzas. Bien es verdad que los sofistas nublarán el cielo del pensamiento, mas despues de estas tinieblas aparecerá, como el sol naciente, el espíritu de Sócrates, que permanecerá fijo en el centro de las esferas de la ciencia. La luz de este sol esclarecerá el cielo con las ideas de Platon, y alumbrará la tierra con las ideas de Aristóteles. Despues vendrá una nueva noche; los excépticos, nuevos sofistas. Mas la ciencia no se perderá. Epicúreo y Zenon la dirigirán á la moral; el uno con un sentido empañado con tristes sombras, el otro con un sentido más racional y puro; y ambos á dos irán comunicando el espíritu de Grecia al derecho romano. Despues de estas escuelas viene la que á todas las resume, la que á todas las consagra á Dios, la escuela de Alejandría. Su exaltacion mística, su espiritualismo, su arrebatada fantasía, sus palabras, enseñan que la escuela de Alejandría es lo que el

ibro de las sibilas en religion, el anuncio, el presentimiento del divino Cristianismo. Ved, señores, cuán cierto es que la filosofia griega empezó por la naturaleza, y de la naturaleza pasó á la conciencia, y despues, apoyándose en la conciencia, ascendió á Dios.

He concluido, señores. Tengo que daros las gracias por haberme seguido en esta larga, en esta penosa investigacion en el mundo de las ideas. Sucede, señores, en el mundo de las ideas lo que sucede en la atmósfera; como nuestros pulmones no pueden sufrir el aire demasiado puro, nuestra mente no puede sufrir la idea demasiado abstracta. Pero, señores, es necesario sacar de toda esta leccion una enseñanza y un preservativo para este nuestro tiempo tan lleno de dolores y angustias. Nadie me aventaja en sentimientos religiosos, pero nadie tampoco en estimar la razon. Una escuela, que yo no quiero calificar, que no debo calificar; una escuela, nacida más que de las necesidades del espíritu, de las tristes evoluciones políticas sufridas en estos últimos tiempos por Europa; una escuela, que ha tenido entre nosotros por jefe un pensador ilustre, un orador ilustre, pero jefe neófito, que exageró la doctrina, y escribió en su bandera este tremendo lema: la razon y el absurdo se aman con amor invencible; lema que, despues de bien examinado, es una gran blasfemia; una escuela, que ha exagerado

aun las exageraciones de su ilustre maestro; ha querido anonadar la razon humuna, ó al menos ha querido rebajarla, olvidando que la razon humana ha estudiado y comprendido la naturaleza y forjado el cetro que hace del hombre el rey de la creacion; que la razon humana ha escrito el poema de Homero y el poema del Dante, ha levantado el Partenon y la cúpula de San Pedro, ha ideado el Apolo de Bellvedere y los cuadros de Rafael; que la razon humana ha apresado los vientos, ha domeñado los mares, ha hecho que los astros descendieran á la tierra en los grandes instrumentos astronómicos á contarle sus secretos; que la razon humana ha escrito maravillosos códigos, ha ido matando la servidumbre y ha establecido la libertad entre los hombres; y así, señores, los que borran la razon humana, borran y oscurecen el alma del hombre, y despues de matar la libertad, fuente de toda moral, base de toda sociedad, escupen una blasfemia horrible á la frente del Eterno, que hizo la razon del hombre á su semejanza para que fuera en la tierra su celeste imágen.—He dicho. (Generales y prolongados aplausos).